

Decíamos, al terminar el artículo anterior, que casi nunca se compece de la desairada situación en que se queda el que comete una necesidad por un exceso de fatuidad (1) ó de orgullo. No es de olvidar en este género de planchas puntiagudas una que viene aquí de perilla.

Cuéntase que en los tiempos, aún no remotos, en que se daba de gracia la charretera de subteniente—con lo que dicho se está que me refiero á una época en que había subtenientes y charreteras—hubo un mozo que de ese modo gracioso consiguió el primer empleo en el ejército, y engreído, lucía á todas horas el uniforme, adornado con una charretera de oro en el hombro izquierdo y una reluciente capona en el derecho; miraba con desprecio á los civiles, así apodaba á los que no eran militares, y siempre exigía á sus subalternos que le hicieran respetuosamente el saludo de ordenanza, poniendo como hoja de perejil al que por involuntario descuido no se cuadraba al verle.

Una tarde de un crudo día de invierno paseaba el joven oficial en el Retiro—no se llamaba todavía Parque de Madrid,—y vió venir por un lado del paseo de las Estatuas á un alabardero embozado en la capa blanca de su uniforme, y por otro, á dos señoras seguidas de un lacayo que caminaba tieso como un huso. El oficial se retorció su nacimiento bigote, envaneándose de antemano del prodigioso efecto que iba á producir el saludo que por fuerza tenía que hacer el alabardero; pero el veterano, bien por ser corto de vista, ora por llevar calado hasta los ojos el tricornio, que traía con funda de hule, pasó sin mover la mano ni la cabeza.

Encolerizado el subteniente de tamaño escaso, mandó al alabardero con imperioso voz que se detuviera. Le enseñó su reluciente charretera de oro, le recordó los deberes de ordenanza, y le dijo que no por ser alabardero ni por viejo estaba dispensado de guardar las debidas consideraciones á un capullo oficial, superior suyo bajo todos puntos de vista y conceptos.

El veterano miró con lástima al oficialito, creció con esto la furia del mozo, y reparando entonces que las dos señoras y el lacayo se habían parado á oírle, quiso dar una prueba de su autoridad, amenazando con un castigo al subalterno.

—¡A la orden mi subteniente! exclamó el alabardero con burlesca sonrisa.

—¡Y al llevar la mano derecha al tricornio dejó ver los tres entorchados de capitán general!

—¡Era el comandante general de alabarderos!

El subteniente abrió los ojos espantado, la boca sorprendida, los pelos se le pusieron de punta, perdió el color, y alzó las manos para apartar aquella respetable aparición, ó con ánimo de taparse oídos, pues las señoras se reían del lance, y hasta el grave lacayo le celebraba con ruidosas carcajadas.

—¡Buen lance, señor duque! dijo una de las señoras.

—Condesa, ha sido una excelente lección.

—¡Y merecida! añadió la joven, que era hija de la condesa.

—Angelita, el mayor castigo es que V. censure á este pobre diablo.

El duque se alejó con las dos señoras, dejando convertido en estatua al vanidoso oficialillo.

Otra historieta de saludos de ordenanza:

Por la calle de cierta capital de provincia iba un día un militar anciano, vestido con un largo capote azul, y apoyado en el brazo de un oficial que llevaba en las mangas de la levita los dos galones en ángulo y las dos estrellas de oro, que indicaban su empleo de teniente. En dirección contraria venía un comandante de ejército, vestido también de uniforme, que pasó rozando junto al teniente, y aunque caminaba de prisa, advirtió que su subalterno no le hizo el debido saludo. Sulfurándose, por ello le ordenó con voz trémula que fuera arrestado al cuarto de banderas en castigo de su falta.

—¡Usted también le seguirá por igual descuido, señor comandante! dijo el otro militar enseñando el entorchado de brigadier, pues era el Sr. T..., gobernador militar de la plaza.

El comandante no había visto las insignias de su superior, bien por llevarlas ocultas en el brazo del teniente, que era hijo del brigadier, ya por cegarle el arrebato de su vanidad ó la precipitación. El inesperado desenlace de la aventura excitó la hilaridad de los transeúntes que se detuvieron para presenciarle. Aquel proverbio de «ir por lana y volver tras»

(1) Aprovecho la ocasión para manifestar que en el artículo á que me refiero se puso falsedad por fatuidad. También se imprimió extravagancias de la noche por extravagancias de la moda; personas que conocimos, por personas que conocíamos; sino arden, silban por si no arden se silban; y en fin hasta se dijo el propósito de ir volando corriendo! en vez de decir salimos corriendo. Estas equivocaciones se deben á que el artículo hubo de componerse á última hora, y el autor no pudo echar una mirada paternal sobre la primera impresión de sus planchas.

quilado», puesto en acción, siempre se fijará á todos por ser una escena que termina con una soberbia plancha, que deja muy cariaconcedido al que la hace.

Las cuestiones de etiqueta, tratamientos, cumplidos, saludos y categorías traen revuelto á medio mundo, y son las que dan lugar á multitud de equivocaciones que ponen en un brete al que las padece.

En la época de la restauración de D. Alfonso XII se declaró en estado de sitio la nación; en su consecuencia asumieron los mandos las autoridades militares.

Un general que se puso al frente de un Gobierno civil de provincia llamó á un administrador de Hacienda pública para dar cierto encargo. Aquel funcionario se presentó sin pérdida de tiempo, y saludando dijo:

—Estoy á sus órdenes, mi general.

—Pues he llamado á usted para que me proporcione usted un estado detallado de los fondos existentes en Tesorería, y cuyos datos quiero que usted me los dé inmediatamente porque usted puede hacerlo.

—Será usted servido, mi general.

—Tengo tratamiento de excelencia, replicó agriamente el Gobernador militar.

—¡Ya lo sé! contestó con flemma el empleado.

—¡Fresco es usted, administrador!

—Dispénsese vuecencia; pensé, mi general, que vuecencia se había dignado apearme el tratamiento al observar que vuestra excelencia se había servido tratarme de usted, no pudiendo achacarlo á olvido, porque vuecencia con sus superiores luces debe saber perfectamente que los administradores de Hacienda pública, como jefes que somos de Administración, tenemos el tratamiento de usía. A no ser por esto, créame vuestra excelencia que trataría á vuecencia con arreglo á la elevada categoría de vuecencia, que tan merecida tiene vuestra excelencia.

—¿Usted tiene tratamiento de usía, lo mismo que un coronel?

—Sí, señor.

—Pues no lo sabía; como hombre que soy de cuartel desconozco las cosas civiles.

—¡Ya yo ve! dijo el administrador con sorna.

El general se mordió los labios; y comprendiendo la indirecta, cada vez que el funcionario civil le daba el tratamiento de vuecencia parecía que le ponía un par de banderillas de sobaquillo.

Al fin no pudo dominar su disgusto y dijo incomodado:

—¡Ya me está reventando usía contanto vuecencia!

—Gracias, mi general, por haberme apeado el tratamiento por la cola, replicó con su acostumbrada calma el impasible administrador de Hacienda pública.

El disgusto del general fué leve; su contradicción pasó pronto.

Los tropezones que dan los poderosos en sus encumbradas moradas no tienen la trascendencia de los que dan los humildes en los agudos guijarros de las calles. A los primeros, cuando trabajan en el círculo social, la complejencia, la lisonja y la adulación les tienden una red tejida con el hilo sutil de sus bajezas, para que no salgan lesionados. De los segundos nadie se cuida; si caen, peor para ellos; viéranlo antes; midieran sus fuerzas al pretender figurar en la lista de los probatas sociales.

Nosotros todos somos buenos, excelentes, caritativos y humanos. Nuestro corazón es un almacén de frutos... del Espíritu Santo; sin embargo, no aplaudimos los toros embolados ni los saltos mortales con red.

Los toros sin cogidas, ninguna gracia tienen; los saltos sin peligro dejan de ser mortales. Precisamente la exposición que ofrecen los cuernos del toro, y la posibilidad de que se mate un gimnasta, es lo que da atractivo á uno y otro espectáculo. Faltando el interés no se aviva la curiosidad, y no habiendo aliciente aflojan los ingresos en contaduría.

El público no es malo: se compone de hombres de bien, de excelentes filántropos y de gente muy compasiva; pero tilda de torero de invierno al que lidia los toros embolados, y envidia á los que han visto á Blondin atravesar las cataratas del Niágara sin red debajo de la maroma y sin ninguna otra precaución que disminuyera el peligro de romperse solemnemente la crisma.

Tampoco las planchas tienen gracia cuando se hacen al amparo de un adulador, ó cuando el disimulo procura que la cogida no sea lo grave que quiere nuestra honrada malicia.

Las planchas emboladas ó romas no divier-

ten, y todos estamos en la creencia de que hemos venido al mundo para divertirnos. El que no lo hace es porque no puede.

Verdad es que á veces se llama plancha á cualquier cosa; que andan por ahí graciosos que es muy peligroso que estén sueltos.

La otra noche tocaba en un paseo público la banda militar que la sociedad *Amigos de los Pobres* ha contratado para aumentar los recursos que necesita en beneficio de los desvalidos. Dos jóvenes se sentaron en uno de los bancos que esa sociedad tiene en aquel paseo, y no tardó en presentarse el cobrador. Uno de los jóvenes le dió una peseta. El encargado de la recaudación cambió esta moneda. El joven echó en el cepillo los veinte céntimos precio de los dos asientos, y se guardó el resto.

Apenas se fué el cobrador, dijo riéndose.

—¡Qué ganga y qué plancha! ¡Asiento de balde y dinero encima!

—¿Pues qué has hecho?

—He dado una peseta que no pasaba ni á tiros; pero pasó á tres tirones.

—¡Qué gracia más desgraciada!

—¡Anda, anda, te llevan en coche y aún te quejas, bribón!

—¿Piensas tú que los *Amigos de los Pobres* han traído una excelente banda militar á costa de grandes sacrificios para que tú y otros zanguangos por el estilo se recreen oyéndola?

—Estamos en un paseo público.

—Pero no tienes derecho á ocupar este banco sin pagarle. No puedes expender moneda falsa sin incurrir en un delito penado en el Código, aparte de que toda persona pundonorosa sabe de memoria que la conciencia califica de odioso y miserable el acto de robar á un pobre de una manera cobarde y villana.

—¡Chico, qué me cuentas! Quisiera saber cuanto te pagan los *Amigos de los Pobres* para que maltrates á los pobres de los amigos.

El otro joven llamó al cobrador y le dijo

—Este hombre le ha dado V. una peseta falsa hace poco.

—¿Yo? exclamó rojo de vergüenza el aludido.

—Fué una equivocación, y reconociéndolo así, está dispuesto á subsanarla.

—La broma sería, si hicieran caso de tus ocurrencias. No está el tiempo para planchas, ni tengo dinero de sobra.

El prudente joven entregó al recaudador una peseta buena, y agradeciéndoselo el pobre hombre, se alejó censurando aquel tiempo de tan mal género.

No se dió por vencido el gracioso, pues con desfachatez repuso:

—Por echarla de plancheta te has tirado una plancha de primera fuerza.

—Y tú por echarla de petardista has hecho una acción que avergonzaría al *Bizco de Borge* y á *Melgares*.

El joven que esto dijo se levantó y se fué sin saludar á su compañero, quien se quedó sentado muy tranquilo, porque donde falta el pundonor, no suele haber vergüenza.

Terminaremos esta serie de planchas con algunas vulgares que pueden reproducir todos los que dicen que no saben, creyendo saber lo que dicen.

Erase una señora de las que se llaman redichas, amiga de no callar, y á usar en la conversación términos sonorosos, retumbantes, enrevesados y rimbombantes que pescaba á algún indigesto erudito, ó en las páginas de una novela luctuosa, que la tal señora sólo callaba cuando oía esos discursos estupendos ó cuando leía esas incubraciones románticas; pero entendiendo mal los conceptos que le chocaban, los aplicaba de una manera deplorable.

Un día encontrábase en una reunión bastante numerosa, compuesta de distinguidas damas y discretos caballeros, y poniendo el paño en el púlpito soltó la taravilla de la lengua y dijo muy hueca con pretensiones de chafar á sus oyentes:

—Yo, señores, no soy soberbiosa ni aristocrática, que no vengo de la raza de castas, ni pienso serlo en toda mi vida; sin embargo, á bien criada me ganan pocas, que desde chiquitina tengo mi previsión de sobra, y ello es sin escapularios de empanada, porque el lujo no me espanta, que soy tan lujuriosa como cualquiera otra; pero en punto á buenas costumbres, eso sí, soy siempre tan parcial, que livido se me alterna el rostro de la fisonomía de mi cara, ó mejor dicho, me pongo lividísima al oír cualquiera inconveniencia porcográfica.

Detúvose la locuaz señora en este período culminante de su discurso, esperando un murmullo de aprobación; pero fué acogida

con tan estrepitosas y prolongadas carcajadas, que reconoció mal de su grado, y con avinagrado semblante que estaba haciendo una plancha verdaderamente descomunal.

El fracaso la agobiaba: llena de dolor sentía no haber nacido muda, como Calipso el ser inmortal.

Otra vez hablaba un senador en la alta Cámara de un incendio que hubo en el monasterio del Escorial producido por un rayo, cuyo siniestro de poco no destruye la magnífica biblioteca que hay en aquel sitio, admirable por los raros libros y manuscritos árabes que contiene y por la belleza artística de su salón principal. Recordó el orador que igualmente había originado otros incendios en dicho monasterio, y lamentó amargamente que en él no hubiera el suficiente número de pararrayos.

Un ministro que estaba en el banco azul replicó con vehemencia al hacerse cargo de la observación:

«Las oposiciones de todo sacan partido para censurar al Gobierno. ¡Se le acusa ahora de que en el monasterio del Escorial no hay pararrayos. La imprevisión y el descuido, en su caso, será de Felipe II.»

¡Pararrayos en tiempo de Felipe II!

La distracción hacía olvidar al ministro que los pararrayos se inventaron á mediados del siglo pasado, y que, atribuyéndose la invención á Franklin, donde quiera se ven retratos de este célebre hombre, con el conocido verso de Turgot:

«Eripuit coelo fulmen, sceptrumque tyrannica,

el cual hace observar César Cantú que contiene dos mentiras, porque no es verdad que Franklin arrancase al cielo el rayo, ni lo es que quitara el cetro á ningún tirano.

La distracción es una cosa bonísima para hacer planchas puntiagudas.

Otro ejemplo de ello.

Una tarde se censuraba duramente en el Congreso al ministro Sr. O... por haber dirigido graves cargos á un diputado que no se hallaba en el salón de sesión, y el ministro, al defenderse, incurrió un día de sus habitua, les distracciones, diciendo:

«Rechazo con toda energía la censura que se me hace, porque han de saber los señores diputados que yo nunca, jamás, he hablado mal delante de un ausente.»

De una perogrullada siempre resulta una plancha, y si aquélla es campanuda, la otra es piramidal.

Si Inocente Camama hubiera recordado esta serie de planchas históricas, y más ó menos monumentales, quizá no se desesperaría tanto en lances análogos. Mal de muchos es consuelo de tontos, y el bueno de Inocente Camama era un tonto forrado en lo mismo. Salomón se había olvidado de dejarle tarjeta.

¿Pero quién era éste Inocente Camama? Lo diremos en otra ocasión, y lo sabrán entonces los benévolos lectores á quienes no haya cansado esta colección de enojosos artículos dedicados á las planchas, que el asunto no se prestaba á mayores amenidades.

NEÁPOLIS.  
Santander 31 de Julio de 1886.

ENTRE BASTIDORES.

EL ESTRENO.

Acaban de dar las ocho y media, y está el saloncillo lleno de autores y de periodistas, estos últimos agasajados como nunca, porque, como son los que al día siguiente han de juzgar públicamente la obra y la ejecución, todo el mundo de allá dentro se los quiere atraer, para contar á lo menos con su benevolencia. El primer actor, con la puerta del cuarto de par en par, concluye de vestirse y da las últimas órdenes. El segundo apunte anda de arriba para abajo, y de derecha á izquierda, sin descansar un momento; examina el escenario para ver si han colocado los muebles de la manera que estaba dispuesto; encarga al guarda-ropa que le tenga preparados el bastón, las tarjetas y el baúl-mundo; suplica á la dama joven que se vista cuanto antes, porque va á ser la hora, y advierte, por fin, al director de orquesta que puede tocar la sinfonia.

En este momento se abre la puerta de los bastidores, y aparece el autor de la obra que va á estrenarse. Se le recibe con una gran rechiffa.

—¡Hé aquí el criminal! dice uno.

Y añade Pérez, el primer actor:—¡Qué cara traes! ¡Estoy seguro de que tienes fiebre!

—Esta noche me las pagas todas juntas, exclama con acento zumbón un compañero; mira, y saca del bolsillo un pito descomunal

El autor enseña los dientes para que crean que se ríe, y suda como si estuviera metido en un horno. El compañero del pito le guarda con aire de triunfo, y guiña el ojo, como diciendo á los presentes:—¡Qué broma le estoy dando á este infeliz!—Bueno es que aquí se diga que esas bromas suelen convertirse en veras.

—Pero ¿por qué tienes miedo? sigue preguntando Pérez; ¿hombre, no seas tonto ¿qué puede suceder? ¿que te silben? Pues de eso no has escapado ningún autor.

Entonces se citan todos los descabros teatrales célebres. ¿No han silbado á Ayala? ¿No reventaron el *Juan Lorenzo*, de García Gutiérrez? ¿No dieron una pateadura á *Los hombres de bien*, de Tamayo? Pues entonces...

La conversación no puede ser más agradable ni más á propósito para dar ánimos al pobre autor en capilla, como allá dentro se le llama con más propiedad que buen gusto. Lo que él piensa, y piensa bien: Pues si han silbado á todos esos genios, harán conmigo muy poco si no me desuellan vivo.

Al llegar aquí recibe el autor un recado de la primera dama para que haga el favor de ir á su cuarto un momento. La complace inmediatamente, y con mucho gusto, aunque sólo sea por no oír hablar más tiempo de cosas tristes.

La Paredes, elegantemente vestida, le recibe con una sonrisa de triunfo, y le pregunta, sin dejarle siquiera saludar:—¿Qué tal estoy?

—Hermosísima, como siempre, contesta el autor.

—No es eso; déjese usted de galanterías ahora: pregunto si estoy bien caracterizada, si le gusta á usted este traje.

—Me gusta el traje, y más todavía la que le lleva, y estoy seguro de que al público le sucederá lo mismo.

Los demás artistas de primera fila van por turno dirigiendo las mismas preguntas al autor, que responde á todos de igual manera.

No hay ninguno que no esté bien vestido y que no haya interpretado á maravilla el pensamiento del autor en cuanto á la índole del papel que representa. Verdad que como la cosa ya no tiene remedio, sería inútil que dijese lo contrario.

Termina la sinfonia y entra en el saloncillo el segundo apunte con el ejemplar de la comedia en la mano.

—¿Podemos empezar? pregunta á Pérez.

Y Pérez contesta con otra pregunta:—¿Está hecha la entrada?

—Sí, señor...

—Pues ea, toque usted el timbre.

Suenan las campanillas eléctricas por todos los pasillos y corredores del teatro: va el público acomodándose en las últimas localidades desocupadas; autores y periodistas abandonan en tropel el saloncillo, dirigiendo todavía chanzonetas á las víctimas de la noche, como los parthos disparaban sus flechas al huir, y allá, por los laberintos y encrucijadas de los bastidores, se oye la voz del segundo apunte que grita:—Fernández, ¡já la Concha!... Señoras Paredes y Tiberios y señor Gutiérrez, ¡á escena!... Señorita Belenes... ¡prevenida! Se alza el telón, y el autor se pone á pasear detrás del *forlilo*; fuma cigarro tras cigarro; los carpinteros y tramoyistas, acostados en el suelo, le miran con indiferencia, y á veces se burlan de su palidez y de su temer.

La representación comienza tranquila y reposada: en el salón hay tal silencio, que se oíría volar una mosca, y al autor, mientras pasea, se le conoce en el movimiento de los labios que recita lo que los cómicos van diciendo. Las equivocaciones de éstos se reflejan en la cara del autor como en un espejo la figura que se coloca delante.

Cuando cualquiera de las actrices ó autores abandonan la escena, el autor le sale siempre al paso, y le pregunta:—¿Cómo va eso?

—Bien, bien, responde el interrogado; todavía no se ha visto roto el hielo; pero los *morenos* ponen muy buena cara y escuchan con atención.

Vuelve el desdichado á su paseo y á sus cigarrillos: de rato en rato, y sobre todo cuando va á llegar una frase que él considera de efecto, se detiene un instante, y mira al público por un agujero del *forlilo*. Se dice la frase, y si los espectadores continúan sin dar señales de vida, el autor tiembla de pies á cabeza, y daría lo que tuviera porque la tierra le tragase.

Al fin, y después de tres cuartos de hora de agonía, se acaba el primer acto, y cae el telón: los *alabarderos* aplauden con alguna timidez, y el público los deja que aplaudan.

El autor se reúne con Pérez, y juntos bajan al saloncillo.

—Dime la verdad, le pregunta: ¿ha gustado ó no ha gustado este acto?

—Hombre, contesta el otro, la obra va bien; la exposición ha pasado, y es probable que tengamos éxito, aunque no es imposible, ni siquiera difícil que nos den una *pateadura*!

—Mira que no hemos arrancado ni una palmada siquiera,

—Ni había dónde: vosotros os hacéis muchas ilusiones, y creéis que todo os lo han de aplaudir; pero yo bien sabía que en este primer acto no lo probábamos.

—Bueno, bueno, pero la impresión general del público, ¿cuál ha sido?

—Ahora te lo dirán los amigos cuando entren, que esos lo saben mejor que nadie.

—Pero ¡ay! los amigos no entran; y si acaso se atreve á hacerlo alguno, cruza como una saeta por delante de la puerta del saloncillo, y no se detiene hasta que llega al cuarto del artista más amigo suyo, donde dice sin sentirse siquiera:—Esto va mal, muy mal, y me parece que va á ser un fracaso formidable.—Luego compadece al autor, á quien quiere mucho; según dice, y asegura que la silba le va á lastimar tanto por lo menos como al interesado. ¡Hermoso compañerismo... si fuera sincero!

Se empieza á representar el segundo acto, y vuelve el autor á sus paseos por el foro: esta vez tiene el abrigo puesto, sin acordarse de que está sudando por cada pelo una gota. Si á la tercera ó cuarta escena los espectadores empiezan á toser y á moverse, el autor levanta el cuello del gabán y echa á correr hacia la calle, ni más ni menos que si hubiese cometido un delito y le persiguiera la policía. La inquietud y las toses en el público son signos infalibles de que la *pateadura* se aproxima, y no hay razón fuerte capaz de resistir una á pie firme. Por eso huye el autor, que ya acortado, cree oír todavía los silbidos y las protestas de la muchedumbre. Si, por el contrario, en vez de toser, el público rompe en un aplauso general, el autor se quita precipitadamente el abrigo, respira fuerte, enciende otro cigarro, y siente deseos de abrazar á la persona que está á su lado, así sea ella la madre de la característica.

Desde aquí instante la comedia marcha viento en popa: no tiene chiste que no se celebre ni pensamiento que no se aplauda; los artistas van dando la enhorabuena al autor á medida que hacen *mutis*. Ahora todos están conformes: la obra alcanza un éxito, porque no podía menos de alcanzarlo, y eso bien lo sabían ellos desde que la oyeran leer.

Cuando se acaba el acto, el público grita:—¡El autor! ¡Que salga el autor!

Pérez pregunta al interesado:—¿Es original ó arreglo?

—Original, contesta el vencedor con cierto orgullo.

—Arriba, Lucas, grita Pérez al tramoyista.

Se eleva lentamente la cortina, y el director de escena adelanta sonriente hasta las candelillas, donde se para, y dice:

—La comedia que tenemos el honor de representar es original de D. Eugenio Galíndez y Ruiz.

El público repite:—¡Que salga! ¡que salga!—y aplaude con estrépito.

Dos actrices cogen al autor, una de cada mano; las demás y los actores se colocan á ambos lados del grupo, de frente á la sala. El telón sube, y vuelve á bajar en cuanto artistas y autor han saludado, en señal de agradecimiento por la ovación. Mientras quede un solo espectador aplaudiendo, no haya cuidado de que Pérez deje de gritar:

—Lucas, arriba.

Cuando el autor vuelve al saloncillo, le encuentra lleno de gente, que le aguarda con los brazos abiertos. ¡Cómo se alegran todos del triunfo que están presenciando!

Todos le esperaban, y hasta el individuo que en el intermedio anterior auguraba un descalabro formidable, dice ahora á voz en grito:

—Yo, en cuanto vi el primer acto, esperé un éxito como el que ha habido. Cuando se bajó el telón, me dijo un señor que estaba á mi lado:

—¿No le parece á Vd. que el público se ha quedado frío?

—No, señor, le respondí; no es frialdad, sino asombro...

—Pues yo ya me vi con el agua al cuello, interrumpió el autor.

—Me lo figuré, y por eso no entramos, porque estábamos seguros de que, augurándote un triunfo, ibas á creer que tratábamos de *tomarte el pelo*.

El autor se sonrió enseñado, porque no hay nada más crédulo y más optimista que la satisfacción.

Vuelven á tocar las campanillas, y principia el tercer acto, el cual ya no da miedo á nadie, ni al mismo autor, porque el público es un caballero muy formal que cuando ha dicho una vez:—Esto me gusta—no modifica nunca su opinión.

Al concluirse la representación de la obra se repiten los abrazos y las enhorabuenas del intermedio anterior. Después el autor recorre los cuartos de todos los artistas.

—Muchas gracias, Fulanita, ó Fulanito. A Vds. debo los aplausos.

—¡Oh, de ninguna manera! Yo bien poco he hecho... La obra, la obra que es buena...

—Con otros intérpretes no lo hubiera parecido.

¡Útil es decir que ni artistas ni autor dicen en absoluto lo que sienten!

Entre tanto, el empresario, lleno de satisfacción, escribe en la Contaduría el original

para el cartel del día siguiente, y nunca le parecerán, ni al autor tampoco, bastante grandes las letras que digan:

SEGUNDA REPRESENTACIÓN DE LA EXTRAORDINARIAMENTE APLAUDIDA COMEDIA... etc., etcétera.

S. DE TRASMIERA.

UNA VISITA A MONTE-HANO.

Todavía me finjo, en cuanto quiero, aquel fantástico espectáculo. Se alumbraba con esa luz que le graba para mucho tiempo en la memoria, con la luz de la poesía.

Ya habíamos embarcado en el bote que había de alejarnos del convento. La santa mansión quedaba allí enfrente, sentada al pie del monte, sola y callada, ceñida de aquel cinturón de árboles que sólo crecen pegados á sus paredes, sin que ninguno de ellos ose avanzar un paso más, como temerosos de perder el amparo de la fábrica veneranda; árboles-monjes, que nunca suenan sus hojas, ni inclinan sus ramas, ni coquetean con las aguas de la ría asomándose á mirarse en ellas. Partícipes del espíritu de bien entendida caridad, que vive en aquel sitio, contentábanse con dar á sus dueños sombra, sin meterse á darles rumores que distraigan el ánimo de su santo objeto y le lleven á peligrosas vaguedades, ó le traigan á memorias mundanas de las que quedan siempre entre las hojas de los árboles.

Era ya de noche, y era la noche más hermosa, más serena de cuantas han lucido estrellas este verano. La luna llena, que ya á media tarde habíamos visto asomar sobre los montes de Laredo inmensa y roja, había palidecido, como todo en el mundo al cabo de tiempo, y ahora reflejaba sobre las aguas dormidas volviéndolas plata, y ellas recibían aquel beso sin bullir á su contacto, sin dolerse en un solo pliegue, sin despertar, en fin, como recibe el niño el beso que su madre le da sin interrumpirle el sueño.

Dióse el orden de marcha, alzaron sus palas los remos, y puestas de pie cuantos habían entrado en el bote, recibimos el último saludo del P. Joaquín, cuya hermosa y definida figura se destacaba puesta en lo alto del embarcadero, sola en el paisaje, explicándole y dando el secreto de él.

Cuando hubimos andado algún trecho, el fraile, inmóvil aún, semejaba ya una aparición. Sin ella el paisaje hubiera parecido muerto; con ella vivía la vida más alta, la de las inmortales esperanzas y las aspiraciones infinitas, la de la soledad buscada y el silencio erigido en mandato...

Las impresiones recibidas en el interior de aquel santo asilo vivirán también largo tiempo en la memoria.

¿Cómo no, si se asiste allí á uno de los más grandiosos espectáculos que á ojos humanos pueden ofrecerse al nacer de los espíritus á la vida de la santidad y del estudio?

En la *Escuela Seráfica* establecida en el convento de Monte-Hano reciben su primera educación los que han de ser más tarde misioneros en las islas Carolinas y Palaos. Allí, en la soledad y la disciplina, puestas en labor constante y sabiamente dirigidas, instrúyense aquellas tiernas inteligencias en las cosas divinas y humanas con admirable aprovechamiento.

Puesto uno de aquellos niños, de los que el mayor podrá contar catorce años, en necesidad de atravesar sólo cualquiera región de las que ahora señala en el mapa con su puntero, se las habría cien veces mejor que muchos hombres encanecidos, aun de los que tienen el viajar por oficio. Ya á aquellos años sabe él á qué tierras podría llegarse á pedir pan y abrigo en nombre de Cristo, y en cuáles obras había de serle inútil para los casos de la vida su piedad inquebrantable; á cuáles hombres debería acercarse, y de qué otros sería excelente acuerdo el huir; dónde acaba el suelo firme en que fijar su planta y comienza la líquida llanura en cuyo borde tendría que detenerse.

Llevado á presencia de los malos hombres y envenenadores de almas, ya no les valdrían contra él su falsa lógica ni sus bien trabados sofismas; no sólo sabe ya sentir á su Dios: sabe explicarle: ya no le demuestra sólo por los movimientos del corazón: le define racionalmente, le explica y le argumenta.

Y si le citan latines que al parecer le contradigan, él irá á leerlos y á ver si tienen otro modo de interpretación; de más acá ó más allá, él los ordena con igual facilidad, y sabe el de Virgilio y el de San Jerónimo.

Escogido al azar cualquiera de aquellos alumnos, el que el visitante quiera llamar, convéncese éste del perfecto dominio que todos tienen de los varios estudios á que se les dedica.

Entre los muchos que solicitan ser admitidos á tan sabias enseñanzas, los padres eligen con pasmosa habilidad sólo los mejores. No es para todos los grados de despejo intelectual aquel complejo plan de instrucción.

Llegado al término de ella uno de estos valerosos soldados de la cruz, marcha á civilizarse, en toda la extensión de esta palabra, una región, y claro es que el tiene que serlo todo. Luz ha de ser que rompa todas las nieblas, las del corazón y las de la inteligencia; guía que sepa llevar á sus hermanos por todos los caminos, los de la eterna ventura y los del bienestar material; ha de bajar del improvisado púlpito, no á descansar de la labor espiritual á que en él se ha entregado, sino á emprender la de la tierra, á fertilizarlos el campo, á prepararles las manjares, á abrirles sendas por donde se comuniquen con sus hermanos, á tejerles sus vestidos y construirles sus viviendas. Ha de saberlo todo, y ha de tener el modo más difícil de sabiduría, la aplicación práctica, la utilidad inmediata, y ha de saberlo sin saber casi que lo sabe, previniendo el elogio de los

hombres que pudiera envenenarle el alma y alzarle á soberbio cuando hizo profesión de humildad.

¡Tremendo sacrificio ese de la propia fama, buscada por caminos legítimos, de la fama, que tiene ya algo de inmortal, algo de aquello que él va exclusivamente buscando! La pasión es flor de una edad, rocío de la mañana de la vida; el combate en que ha de quedar vencida es breve. Pero la pasión de la fama acompaña al hombre al fin de la jornada, y lo mismo se la ve arder en la frente que ya el tiempo despojó de cabellos, que en la que por primera vez se inclina por propio impulso sobre el libro. ¡El triunfar de este deseo ha de ser obra de toda la vida!

¡Qué en tropel saltan estas y otras muchas reflexiones la mente del que se llega á demandar por un momento la compañía consoladora de aquellos monjes!

Visitando con espíritu sano aquellos lugares, oyendo confesar en no aprendidas frases su fe y sus propósitos á los futuros misioneros, es imposible no admirar en todo su valor la obra colosal y redentora, superior á toda otra empresa, de sus venerables maestros y directores.

E. MENÉNDEZ Y PELAYO.

EL DIABLO A BORDO

(HISTÓRICO).

Lo que voy á narrar no es cuento, aunque lo parezca por lo estupendo y original del caso. Ocurrió, allá por el año 1852, en el bergantín *Hermoso Puertorriqueño*, magnífico buque de 400 toneladas, en un viaje de Hamburgo á la Habana.

Mandaba el barco un buen señor, de edad un tanto avanzada, vizcaíno, gran hombre de mar y más grande supersticioso. Si lo sería, que por nada del mundo hubiera salido á viaje en martes, siquiera la mar estuviera como un plato y sin una nube en el cielo; y si en la mesa se le volcaba el salero, su disgusto no tenía límites, su preocupación para toda una semana, aun después de cruzar dos rosarios de cuarenta dicees, los reales eran lo único que podía salvarle del peligro ó desgracia que indudablemente le amenazaba.

A excepción del piloto, joven ilustrado y libre de preocupaciones, la tripulación participaba de las del capitán, pues componíanla en su mayor parte vascongados, que son los más supersticiosos de todos los marineros. Roque, el contramaestre, magnífico ejemplar de esa variedad del *homo sapiens* que llaman *lobo marino*, era una especialidad entre todos sus compañeros para eso de contar historias de duendes y apariciones, en cuya verdad creía él á puño cerrado. Afirmaba, con una seriedad propia de su oficio á bordo, que un vecino de su pueblo, por mal querer de una condenada bruja, se había convertido en gato negro, y así vivió hasta que tuvo una mala caída desde un tejado.

El más valiente de los tripulantes, y los había de probado valor y corazón de roca, insensible á los riesgos del mar, no se hubiera atrevido por todo el oro del mundo á apoyarse en la borda del buque y mirar dos minutos seguidos al agua del costado: sobre eso se contaban cosas horribles en el *ranchito*, y era creencia general que el que lo hacía era hombre muerto. De este hecho á nadie se le había ocurrido dudar.

El día en que sucedió el que voy á relatar se habían contado durante la comida cosas espeluznantes, cuya impresión no había tardado en borrarse en aquellas cabezas sobre las cuales se ciernen cien veces cada día la negrura de la muerte y los esplendores del cielo.

A las dos de la mañana estaban sobre cubierta el contramaestre y los hombres de su guardia, agrupados en silencio cerca del palo mayor y puestos al socaire de la borda de barlovento.

El buque navegaba con viento á la cuadra del N., fresco, y sólo interrumpía el silencio de la noche, en el mar las olas que azotaban el costado, y arriba el viento que al pasar por la jarcia producía desde el bajo profundo al tiple *sfon*, según la tensión y el grueso de la cuerda herida. Había algo de armonioso en aquella variedad de notas arrancadas sin concierto y cuyo conjunto, escuchado con indiferencia por los marineros, hubiera producido pavor y espanto en el ánimo de quien no tuviera costumbre de vivir en el mar.

En la popa se destacaba vigorosa, á la luz de los faroles de bitácora, la varonil figura del timonel, que no apartaba los ojos del compás.

De repente, uno de los marineros se levantó de su asiento dirigiéndose hacia proa, dando balances y haciendo prodigios de equilibrio y de fuerza para andar seguro á pesar del cabeceo y bandazos y á pesar también de aquellas enormes botas de agua, de media tonelada de peso por lo menos. Cuando el hombre llegaba frente á la cocina, lanzó un alarido espantoso y retrocedió hacia popa con el terror pintado en su semblante, lívido y descompuesto.

Sus compañeros corrieron hacia él preguntándole:

—¿Qué tienes, qué te pasa?

—¿Qué qué tengo? que perdidos te estamos—contestó;—en la cocina te he visto al diablo con perilla y todo y cuernos largos, largos.

El espanto fué general: el que menos retrocedió hasta el timonel, y por algunos momentos aquello fué una desolación.

—Erre. ¿Qué te dices? ¿Qué has visto al diablo?

—Sí, pues, al diablo te he visto.

—Por fuerza que tu estás loco—dijo el contramaestre dando diente contra diente.

—¡Loe, loe? Fácil es decir... ¡vete tú y te verás!

Roque, dicho sea en honor de la verdad, intentó moverse; mas no le fué posible dar un paso. De su estupor participaban todos; pero al fin decidieron, en vista de la gravedad del caso, llamar al capitán.

El *viejo*—así denominaban al capitán los marineros—se quedó estupefacto al oír la relación que entre estremecimientos y señales de la cruz le hizo Roque del pavoroso suceso. Se froto los ojos, se apretó la cabeza, cogió la pipa, la encendió y dijo:

—¿Qué sueño no es? ¿Despiertos os estáis? ¿Qué estamos buenos. ¿Quién ha visto pues?

Roque repitió su incoherente relato, ponderando la magnitud de los cuernos del diablo.

Al fin, decidió el capitán convencerse por sí mismo de la verdad de la desgracia; salió de su litera, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, atravesó la cubierta, dirigiéndose á proa.

Allí estaba, en efecto, el diablo, derecho y sacando la cabeza por el techo de la cocina. Como había dicho Roque, tenía perilla y unos cuernos muy largos.

El capitán—así lo confesaba mucho tiempo después,—se sintió morir, y apenas pudo volver, tambaleándose adonde su gente, la cual sintió que su terror tomaba colosales proporciones al ver el que se pintaba en la cara del capitán.

—Que diga ahora el piloto, pensaba, que creamos en patrañas y supercherías... Aquí le quisiera yo ver á él... Y añadió en alta voz:

—Roque, hazle la cruz á ver si se espanta.

—Oscuro, oscuro, él no se fija: ya te estoy haciendo cruz con dos cabillos y él ni te se mueve.

—Mírate, pues, ¿no te crees bueno llamar al piloto? Tú, Agustín, te vas á buscarle; andando.

—Eso, dijo Roque—llámate al *pilloto*.

El piloto, en rigor de verdad, se quedó un tanto perplejo; pero moviendo al fin bruscamente la cabeza como si respondiera á una pregunta hecha á sí mismo, subió á cubierta y dirigióse á la cocina. Allí estaba el diablo: al verle se detuvo; el caso no era para menos. Mas repuesto de su sorpresa, se adelantó, cogió por un cuerno la cabeza del diablo y con una estrepitosa carejada la arrojó entre sus compañeros, que se echaron atrás espavoridos lanzando unánime grito de horror.

Lo que había causado el terror de los tripulantes del *Hermoso Puertorriqueño* era ni más ni menos que la cabeza de un cabrito sacrificado la víspera por el cocinero, y reservada sobre el techo de la cocina para guisársela al capitán, á quien las cabezas de cabrito gustaban mucho más que las de diablo.

FERNANLIS.

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER

EN RELACIÓN CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORILLA.

Estas enfermedades infecciosas ó específicas, absolutamente distintas de la intoxicación mineral ó vegetal—intoxicación que, sea aguda ó crónica, está siempre en razón directa de la dosis del veneno,—presentan, por el contrario, tipos inmutables, que difieren entre sí, como difieren las especies *microfiticas* que las dan origen. Los microbios tienen propiedades constantes; no pueden transformarse unos en otros, y producir especies patogénicas nuevas.

Condiciones de existencia de los microfitos patogénicos.

En general, las condiciones de existencia de los microfitos específicos no son las más apropiadas para su vida y multiplicación. Esta es la razón de que sean relativamente raros, comparados con los demás parásitos, tan abundantes en la superficie de la tierra. Si los hongos patogénicos se multiplicasen en la abundancia que los parásitos *fermentiferos*, el mundo há mucho que habría desaparecido consumido por las enfermedades infecciosas. El universo pertenecería al microbio; en lucha con el hombre y los animales y las plantas, quedaría triunfante, y estas legiones innumerables de liliputienses llevarían la muerte y el exterminio de una á otra parte, convirtiendo el hoy sonriente panorama, lleno de animación y de vida, en árido desierto sembrado de esqueletos calcinados por el sol y emblanquecidos por el tiempo, de cráneos denudados é insepultos de sarcástica sonrisa escupida al rostro de la vanidad humana, rota y deshecha por seres de una diezmilésima de milímetro de diámetro.

Sin plantas y sin animales la tierra, sólo quedarían en ella restos informes de sus grandezas y esplendores: grandezas y esplendores sembrados á trechos en páramo desierto y comparable sólo á los desiertos lunares, en los que todo es silencio, desolación y muerte.

Afortunadamente, las especies patogénicas encuentran dificultades de existencia, y no se revelan, no se traducen más que en medios determinados para producir las enfermedades microbicas. La higiene de los microfitos patogénicos es incompatible con nuestra higiene; su vi-

da evoluciona en medios distintos de nuestros medios, y por lo tanto, á su higiene hay que oponer nuestra higiene; á la oscuridad en que viven hemos de oponer la luz que nos vivifica; aire puro al aire infecto que les sirve de pábulo; á las sustancias orgánicas que los alimentan, la limpieza más esmerada de nuestros lugares comunes y de nuestra habitación; á las aglomeraciones que los siembran y recogen, la diseminación y aislamiento convenientemente entendido; y de este modo estemos seguros de que el microbio patógeno, falto de elementos apropiados de vida, concluirá por extinguirse, y con él esas mortíferas epidemias que diezman los pueblos y agotan las fuerzas vivas de un país.

Todos los microbios morbosos pueden vivir, y viven, sin aire; se multiplican abundantemente cuando disminuye ó se suprime el oxígeno; son *aerófilos*. Sin embargo, parece que existen algunas excepciones de esta ley general. El *Bacillus coma* de Koch necesita aire para vivir; es *aerobio* (Koch, Wan Ermengen).

El microbio necesita para multiplicarse cierto grado de temperatura, perdiendo su poder reproductor cuando aquella excede ó baja de ciertos límites.

Los movimientos violentos impresos á los líquidos de cultivo suspenden la vitalidad de los microbios, siendo necesario cierto grado de reposo para su regular funcionamiento.

Multiplicación de los microbios por la tierra, el agua y las habitaciones.

Fácil nos ha de ser comprender las condiciones de germinación de los microbios: los cadáveres en putrefacción favorecen el desarrollo de los microfitos ordinarios; los parásitos específicos no se desarrollan sino á condición de que los cuerpos inanimados los contengan de la misma especie. En este caso, puede ser tal la multiplicación de los microfitos morbosos, que los microfitos de la fermentación no encuentran terreno para su nutrición.

La tierra solo favorece la formación de microbios cuando los *detritus* orgánicos que en ella existen son de naturaleza gelatinosa.

El agua, mucho más importante que la tierra, considerada desde el punto de vista epidemiológico, puede encerrar en su seno condiciones apropiadas á la evolución orgánica de los microfitos patogénicos. Las aguas cargadas de sustancias orgánicas, al atravesar las capas permeables de los terrenos en que filtran, pueden adquirir en ellos también el germen causa de enfermedades pestilentes. Pueden adquirirle en el trayecto que recorren después de recogidas hasta el momento de alumbrar en la fuente pública, y una vez contaminadas ¿cuáles no serán los peligros que á la salud pública puedan irrogar estas bebidas ponzoñosas? Y si de las aguas de fuente pasamos á las aguas de pozo, el peligro se agiganta; éstas, no sólo pueden contaminarse como aquéllas, sino que, estancadas y sin movimiento, puede considerárselas como verdaderos líquidos de cultivo, en las mejores condiciones para la multiplicación y desarrollo de los microorganismos patogénicos.

La habitación, y, sobre todo, la habitación mal saneada, es por sí un foco manifiesto de microbios; es un verdadero laboratorio de microorganismos de todas especies. Estos seres encuentran siempre en los *detritus* de suelo y subsuelo alimentos nutritivos suficientes, y en las habitaciones polvo, procedente de sustancias orgánicas, suspendido en el aire y adherido á los tapices y á los papeles, generalmente impregnados de sustancias glutinosas tan apropiadas á la nutrición de los microbios.

Morfología de los microfitos específicos.

Los microfitos específicos difieren esencialmente de las especies fermentativas por sus propiedades patogénicas. Los experimentos y cultivos de Pasteur no dejan duda alguna acerca de este punto. No sucede lo mismo respecto á las formas que unos y otros afectan. Los agentes morbosos, lo mismo que las especies no patogénicas, toman indistintamente las formas de micrococo, bacterio, bacilo, espirilo, etc., si bien los bacilos y bacterios son los que predominan. Hay, por lo tanto, que recurrir á otros caracteres que los de forma, si queremos distinguir unos de otros estos seres microscópicos. Hay que recurrir á los procedimientos de coloración ideados por Weigert y perfeccionados por Klebs y Koch, si queremos asignar á los bacilos signos característicos.

La conformación de los micrococcos, su coloración, su agrupación y su envoltura, permiten reconocer con frecuencia su naturaleza íntima. Pero todavía no basta esto; todavía si queremos cerciorarnos acerca de la naturaleza del microbio, es preciso que recurramos al estudio de sus funciones, y cuando estas nos sean conocidas, podremos afirmar que conocemos la especie.

(Se continuará.)